

CLASE INAUGURAL DE LA CÁTEDRA LIBRE DE TAUROMAQUIA “DR. GERMÁN BRICEÑO FERRIGNI”

Hernán López Añez

Que Dios reparta suerte

Primer tercio

Esperaré al toro a portagayola, le ejecutaré unas verónicas y remataré por gaoneras, teniendo presente el consejo de Belmonte: “Si quieres torear bien, olvida que tienes cuerpo. Se torea con el alma, como se sueña y se juega, como se baila y se canta.”

Feliz el momento en que la mente y el corazón de Fortunato González concibieron la idea de crear un magisterio para exaltar una de las manifestaciones del arte más emocionantes de una porción importante de las personas que han habitado y que aún tienen su morada en dos continentes. Pero si este instante fue pertinente y acertado, más lucida no pudo ser la decisión de este singular aficionado y de la Comisión Taurina del Municipio Libertador, que se tomó el pasado 22 de febrero en una tormenta de ideas celebrada con motivo de la evaluación de las pasadas ferias del sol, al acordarse que la Cátedra Libre desde donde se desarrollaría este proyecto, llevaría el nombre de uno de los hombres más preclaros, más cultos, más emblemático de la merideñidad contemporánea y más representativo de la afición por esta fiesta de correr los toros, como también lo fue el político y profesor universitario, ya fallecido en mala hora, Don Germán Briceño Ferrini. Este sueño se hizo realidad en el momento en que el Consejo de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas en su sesión ordinaria del pasado viernes 13 de abril, decidió la creación de la Cátedra Libre de Tauromaquia "Dr. Germán Briceño Ferrigni", propuesta por el profesor Fortunato González Cruz, director del Centro Iberoamericano de Estudios Provinciales y Locales –CIEPROL—. Disposición que el 25 de julio pasado, fue aprobada por el Consejo Universitario de la Universidad de Los Andes, con una mayoría muy significativa.

Cada vez que disfruto de las corridas en nuestro albero, me parece ver al Dr. Germán Briceño Ferrigni en la barrera de nuestra querencia natural, la Plaza de Toros Monumental Román Eduardo Sandía, vestido, como lo hacen muchos de los aficionados de la España de siempre, con su terno, su corbata y su sombrero de pajilla, atento al movimiento del toro y a cada lance y cada pase del matador, para fotografiar con sus ojos, internalizar las secuencias de los retratos, disfrutar el colorido, la cadencia,

la alegría, la vibración, la suavidad, la música, en fin, la estética, que se conjuga en un todo armonioso para el disfrute del momento y para guardar en el recuerdo este sentimiento que sólo los privilegiados de los dioses del olimpo se pueden regocijar para alimentar su espíritu.

Recuerdo, como si hubiera sido ayer, las palabras pronunciadas por Germán Briceño el día de la inauguración de la Capilla y el Patio de Caballos de nuestra Plaza de Toros. Destacó en esa oportunidad la confluencia de voluntades de distinto pensamiento político, pero de común amor por Mérida y por la fiesta brava, para realizar el proyecto de construir un coso digno de esta Ciudad hermosa, serrana y universitaria. Decía el Dr. Germán Briceño, como lo llamé siempre por respeto y admiración, que "... la feria nos concilia y unifica y que se abre como flor roja de festiva alegría, como un abanico multicolor e iridiscente, como un manojo de rosas cortadas en el sevillano parque de María Luisa donde las guitarras moras requiebran a la luna, como un ramillete de azucenas, hortensias y margaritas del aledaño vergel, que perfuman y suavizan el áspero y tirrioso ambiente de nuestro discurrir cotidiano y ponen una tregua de solaz para el descanso de los diarios afanes. ¡que se oiga, pues, la música y toquen los timbales y se abran las capas; y el sol riele, y haga más blanca la arena y más carmesí la sangre y más sonoros los cascabeles; y que las bellas y altivas mujeres encanten corazones y embrujen los tendidos bajo el riente dosel de la tarde!"

En estas palabras se condensa la multiforme personalidad de su autor. A mi entender en ellas se manifiestan con meridiana expresión muchas virtudes. Sólo quiero destacar que quien habla de esta manera tiene que ser poseedor de una mente brillante y un corazón noble. Y para disfrutar estas dos bondades debió gastar su tiempo en una formación intelectual envidiable y en alimentar sus sentimientos con amor, con dulzura y con comprensión. Y estos valores los puso entre otras muchas actividades, al servicio de la tauromaquia, como lo hizo con la política, con la Universidad, con su familia, con el buen decir y escribir, con Mérida y con su Patria.

La Cátedra, pues, se sentirá orgullosa de llevar su nombre y su comunidad tendrá la grave responsabilidad de hacerle honor a este hombre irreplicable, manteniendo la altura y la profundidad.

Ojalá la siguientes palabras de Don Germán, escritas en el artículo "Manolete, los toros y la reconciliación española", que concibió para el *Manual a los toros* de 1992, las mantengamos en la mente para el cultivo de la afición: "Quienes saben de toros, afirman que cuando hay la íntima

fusión entre la res bravía y el diestro sabio, se produce un secreto entendimiento entre ambos. En el matador se suscita la abstracción absoluta. La ruidosa galería desaparece. No mana vino de los racimos ni sonidos de las castañuelas, la música se apaga, las banderolas se desflecan, la fuerza primitiva de la res se seda y armoniza." Su amor por Mérida le parió este pensamiento: "Mérida es un sueño en permanente vigilia". Ocurrió en una reunión de representantes de la sociedad merideña que construyó su visión compartida.

Indaguemos un poco sobre las razones que tiene un intelectual, un político, un académico, un merideño de pura cepa y abolengo, como el Dr. Briceño Ferrigni, para dedicar parte de su valioso tiempo a solazarse, a nutrir su alma y a hacer notorias sus emociones en una plaza de toros; qué motivos lo indujeron a leer y a escribir sobre tauromaquia, a compartir en tertulias taurinas con amigos y aficionados; a visitar la cuna del toreo, allá por los sesenta, y trasladarse, a veces con incomodidades de una ciudad a otra porque en Madrid toreaba una figura, digamos, Paco Camino, el Niño Sabio de Camas, y luego ir a Sevilla a ver una verónicas al mayestático Curro Romero, el Faraón de Camas, y posteriormente a Bilbao a aplaudir a Santiago Martín El Viti, el del obsesivo culto al temple. La respuesta la dio para la historia el grande de las letras hispanas D. Federico García Lorca cuando escribió: "El toreo es, probablemente, la riqueza poética y vital mayor de España." Para añadir: "Creo que los toros es la fiesta más culta que hay hoy en el mundo". O cuando en un cante popular andaluz se oye: "... el conocimiento la pasión no quita.....".

Segundo tercio

No pico, pero brindo las banderillas al soberano.

Siento la obligación de detenerme sobre un tema de actualidad, que todos conocemos. Se trata del "PROYECTO DE LEY PARA LA PROTECCIÓN DE LOS ANIMALES DOMÉSTICOS, DOMINADOS, SILVESTRES y EXÓTICOS LIBRES Y EN CAUTIVERIO", que en el párrafo único del artículo seis, elimina las corridas de toros como se celebran en nuestro país, a la usanza española.

Para aprovechar nuestros valores intelectuales y taurinos, citaré una ponencia del Dr. Alfonso Ramírez Díaz, avalada por las Comisiones Taurinas de Mérida y Tovar, ante el Soberano Congreso de la República, con motivo de la discusión de la ley taurina nacional. Ponencia que tuve el honor de avalar con mi firma como Presidente de la Comisión Taurina del Municipio Libertador de la época. Iniciaba este escritor y abogado, rebatiendo el artículo primero del proyecto, que hablaba de los derechos de

los animales, al afirmar que “... es un principio jurídico elemental que sólo las personas pueden ser titulares de derechos, pues éstos son una consecuencia de la voluntad, que no es una facultad propia de los seres irracionales, sino del hombre. Si los animales tuvieran derechos, también tuvieran deberes.” Esta opinión es compartida por Fortunato González y otros juristas merideños. Continúa Ramírez Díaz: “destinar el toro de casta al matadero, que es lo que se desprende de la intención de los proyectistas, (tanto los de esa época como los actuales), es como arrojar la leche al mar o como convertir una catedral gótica en depósito de mercancías..... La mayor protección que se le puede ofrendar a un fiero y noble animal, como es el toro de casta, es la admiración de su bravura y la consiguiente actuación humana que haga resaltar su bella índole. Al toro de lidia no se le protege, sino que se le insulta, si se le trata como si él fuera cobarde.”

“Siempre se han plasmado en símbolos animales los sentimientos, las virtudes y los defectos. La mansedumbre se reprende en el cordero, la cobardía en la gallina, la ferocidad sanguinaria en la hiena, la recta embestida en el toro de casta..... el toro de lidia no es un animal doméstico: no se nos ha deparado para hacer de él una mascota, sino para admirarlo y enfrentársele. Quien se le encara es el torero, esgrimiendo un trapo como arma principal.”

“La corrida comprende la pica, las banderillas y, al final, la espada, como remate de la faena; pero las tres deben ser limpias suertes que no implican necesariamente la crueldad. La muerte en sí no es cruel: puede serlo la agonía que la precede; pero la muerte, por el contrario, es la liberación de la agonía. El tercio de varas y el de banderillas sí entrañan un sufrimiento para el toro, más ellas son las heridas inherentes a la lucha, las cicatrices del soldado.”

“Es innegable que en no pocas ocasiones el animal resulta maltratado, especialmente cuando los lidiadores no reúnen las suficientes aptitudes de ciencia y arte taurinos. Algo semejante acontece en medicina, por la incompetencia del galeno; o sucede en la música, cuando el ejecutante es un mal intérprete; o en la pintura, cuando el pintor no es un artista. Son gajes del oficio, contra los cuales deben extremarse las preocupaciones.....”

El abogado Ramírez cita al filósofo Juan Nuño, quien señala “.... la hipocresía que exhiben los defensores de los animales cuando se muestran insensibles a las salvajadas padecidas por otros animales, los racionales.” Como ejemplo cita el boxeo y las riñas colectivas en los estadios de fútbol europeos y a nadie se le ha ocurrido pedir la prescripción de estos deporte.

Y por cierto, los espectadores de las corridas de toros jamás se comportan en forma tan civilizadamente agresiva.

Defiende Ramírez la cualidad artística del toreo con el argumento de que “cada gran matador tiene su propio estilo de torear”. Y para ello cita el parangón que establece el poeta español Gerardo Diego entre la poesía de Antonio Machado y la de su hermano Manuel, por una parte, y por la otra los estilos de dos grandes maestros del ruedo: “A la gracia divina del Gallo, sucede con Belmonte la solemnidad, el gesto heroico de la lentitud. Belmonte es un torero lento, profundo y triste. Es la otra Andalucía, la del cante jondo, como Rafael era la del cante flamenco, que es cosa muy distinta. El sollozo o el arabesco. La monotonía casi religiosa de sencilla y profunda, o el esplendor cromático, profano y dolorosamente caprichoso. Las verónicas de Belmonte pesan. El capote parece de plomo, el torero de bronce. En El Gallo todo es leve, divinamente leve y aéreo.”

Coincido con Ramírez en que los proyectistas de ayer y de hoy no entienden la trascendencia artística del toreo, como no comprenden que al toro de lidia se le protege, de lo contrario desaparecería como raza y también ignoran la idiosincrasia del venezolano cuyo afecto es fundamentalmente por el torero. Además de que los amantes de las corridas viven la fiesta de los toros con una sensibilidad inigualable que se manifiesta en aplausos, en gritos, en alegría y en sentimientos que sólo el corazón de cada persona es capaz de producir y de transmitir, que incluyen lágrimas, besos y miradas llenas de picardía y de afectos. Es un éxtasis. Como decía Hemingway: “...un estallido colectivo, ritual, casi religioso.” Los que no sienten así, sólo ven sangre y una actitud burlesca hacia un animal indefenso.

El escritor y profesor de las más acreditadas universidades del mundo, el peruano Mario Vargas Llosa, quien se ha hecho acreedor a doctorados honoris causa de diversas universidades de prestigio, además de haber recibido otras merecidas distinciones, en su artículo *La última corrida* expone: “..... seguiré defendiendo las corridas de toros, por lo bellas y emocionantes que pueden ser, sin, por supuesto, tratar de arrastrar a ellas a nadie que las rechace porque le aburren o porque la violencia y la sangre que en ellas corren le repugna. A mi me repugnan también, pues soy una persona más bien pacífica. Y creo que le ocurre a la inmensa mayoría de los aficionados. Lo que nos conmueve y embelesa en una buena corrida es, justamente, que la fascinante combinación de gracia, sabiduría, arrojo e inspiración de un torero, y la bravura, nobleza y elegancia de un toro bravo, consiguen, en una buena faena, en esa misteriosa complicidad que los encadena, eclipsar todo el dolor y el riesgo invertidos en ella, creando unas

imágenes que participan al mismo tiempo de la intensidad de la música y el movimiento de la danza, la plasticidad pictórica del arte y la profundidad efímera de un espectáculo teatral, algo que tiene de rito e improvisación, y que se carga, en un momento dado, de religiosidad, de mito y de un simbolismo que representa la condición humana, ese misterio de que está hecha esa vida nuestra que existe sólo gracias a su contrapartida que es la muerte.”

¿A quien creemos, a estas personalidades y a otras que citaré más adelante, o a los pseudos ambientalistas de ocasión?

Con el permiso del soberano y a sabiendas de que me perdonan la disquisición, debo añadir que algunas gentes que tienen acceso a los medios de comunicación, tratando de destruir a personas, con mentiras, majaderías, ensañamiento, resentimientos y odios parroquiales, también contribuyen a cazar incautos, a darles argumentos a los enemigos de la fiesta taurina, a alejar a otros de los ruedos y a entorpecer lo que muchos sentimos con pasión de adolescentes y de amantes. A veces también se leen en la prensa opiniones sobre las corridas de toros de los sabelotodo. Por eso no es raro que un simple escribiente opine sobre física nuclear, o un cantante de joropo, con el respeto que a éstos les profeso porque disfruto de la música folclórica, pontifique sobre dirección de música sinfónica y otro sobre la crueldad de la fiesta brava, desconociendo la historia, el arte y la cultura que ella condensa. Son, como diría un gitano, gilipollas y villamelones del tinterillo y del micrófono. Afortunadamente son los menos. Porque en este medio hay cronistas (con mayúscula) respetables por conocedores del tema, estudiosos envidiables, de fina pluma, críticos sin discusión, pedagogos de cátedra decorosa y caballeros en la palabra y en su conducta ciudadana.

Último tercio: faena de muleta

Con el permiso de la presidencia, me la jugaré por la defensa de la fiesta brava y por la libertad.

¿Se habrán preguntado los antitaurinos por qué la tauromaquia ha inspirado a muchísimos artistas de otras ramas del genio universal, como los poetas, los dramaturgos, los cineastas, los músicos, los escultores, los pintores, los escritores, los artesanos, los orfebres, los medios de comunicación, los diseñadores de trajes de luces, los cantantes y paremos de contar? ¿Habrán sentido en su intimidad lo que llena el espíritu las obras de estos creadores, que se han inspirado en el toro de lidia, en los caballos de rejoneo, en el torero y su creatividad que se ha plasmado en la belleza de

un poema como los de García Lorca? ¿En la pincelada de un pintor como las dibujó Goya o de dos venezolanos representativos: Arturo Michelena que se llenó de gloria con la pintura *La Vara Rota*; Armando Reverón con sus dibujos sobre el tema taurino y el gran taurino cordobés y merideño, cronista, pedagogo de la fiesta brava, Julián Varona, cuyos carboncillos y plumillas cuelgan de las paredes de muchos hogares? ¿En la trama de una obra de teatro como *Mirando al Tendido*? ¿En la enciclopedia de un Cosío que guarda los pormenores del desarrollo de la fiesta brava? ¿En la vida de un diestro exhibida en los cines? ¿En un pasodoble de Abel Moreno, alegre y sentimental como los que disfrutamos en la pasada Feria del Sol? ¿En las vírgenes que oyen las oraciones de los matadores desde el retablo de la Virgen de la Montera que adorna la Capilla de nuestra plaza de toros? ¿En la emoción de una niña que le pide un autógrafo a un toricantano? ¿En el llanto de la madre y las súplicas de las esposas que se quedan en sus hogares mientras su hijo o su cónyuge se juega la vida en los redondeles que se tiñen del carmesí de sangre torera y del carmín de los dulces besos de las eternas novias? Ojalá Carmen Ordóñez hubiera expresado por escrito sus sentimientos de mujer, pues en ella sola se compendian los roles de hija y nieta, esposa y madre de toreros. ¿En la figura tallada de un banderillero que le robó a un tronco un hombre de nuestros páramos o en la teja que pinta nuestro Enrique Torres con motivos de fiesta brava? O en la cruz que un orfebre creó para que el torero la conservara en su pecho, como resguardo de su vida o el trofeo que se entrega cada año al triunfador de la Feria del Sol y que brota de las manos artísticas de Juan Benito, el bilbaíno que se quedó en Mérida para soñar, amar y crear? En fin, en el sudor de tantos hombres, toreros, empresarios, ganaderos, administradores, mulilleros, areneros, autoridades, que se esfuerzan para que el ritual de las faenas termine en trofeos de ensueño.

Andrés Amorós, distinguido catedrático de Literatura Española de la Universidad Complutense, Premio Nacional de Investigación Taurina “Ignacio Sánchez Mejías”, entre otros galardones recibidos, escribe en su libro *Toros y Cultura* “Los toros son cultura en varios sentidos: van unidos a la historia de España, en cada instante, y sirven de modo excepcional para conocer nuestra psicología colectiva, como han mostrado Ortega, Pérez de Ayala y Américo Castro. Constituyen, también, un mito, un rito, uno de los máximos símbolos hispánicos.”

“No es sólo un espectáculo por el que podemos sentir afición o quedarnos indiferentes. Si no nos ciegan la pasión o la ignorancia, tendremos que concluir que, para bien o para mal, la cultura del toro posee raíces muy profundas en la peculiar >vividura< hispánica.”

“Ha estado unida a las creaciones estéticas más refinadas y la siente de modo espontáneo gran parte de nuestro pueblo, Ha nacido entre nosotros y encuentra aquí su expresión fundamental, pero también ha trascendido nuestras fronteras. Es, a su vez, popular y culta, española y universal: cultura viva, vivida con tanta pasión por sus detractores como por sus fervorosos partidarios. En la era de la informática, es una reliquia tan viva y tan preciosa como un monólogo dramático o un soneto de amor: algo que está siempre escrito sobre el agua. Como lo mejor de nuestra vida.”

No puedo leer aquí un libro sobre tauromaquia, ni mostrar una pintura o un escultura o una película, ni cantar un pasodoble, pero sí puedo y debo leer un verso de un maestro de la poesía:

¡Qué gran torero en la plaza!
 ¡Qué buen serrano en la sierra!
 ¡Qué blando con las espigas!
 ¡Qué duro con las espuelas!
 ¡Qué tierno con el rocío!
 ¡Qué deslumbrante en la feria!
 ¡Qué tremendo con las últimas
 banderillas de tiniebla!

Así escribió Federico García Lorca en el “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”.

¿Tendrán respuesta estas personas al por qué muchas mujeres han incursionado en una profesión que pareciera reservada a los hombres? Sólo los que apreciamos la tauromaquia como un arte, podemos expresarla con propiedad, que no es otra que la decisión de enfrentar a un animal fiero; es decir, jugar con la muerte. Y esto ocurre porque tienen madera, decisión y valor y sobre todo afición, que no es privativo de los machos. En suma, los motivos que las impulsan a ser toreras son los mismos que influyen en el hombre.

¿Por qué cada día asisten más mujeres a las corridas, si son tan dulces, tan tiernas, tan hermosas y aparentemente frágiles? Simplemente porque acarician más de cerca el valor de plantarse frente a la muerte; porque si no hubiera damas en las plazas, más de un torero no se vestiría de luces y no se cuajarían amistades perdurables en el tiempo, ni se fraguarían amores ni amoríos, los colores perderían su brillo, las miradas de picardía languidecerían y la música perdería sus encantos.

¿Sabrán ellos que grandes personalidades venezolanas han sido taurinos? ¿Habrán leído las crónicas taurinas del intelectual más admirado del país Arturo Uslar Pietri, o las del bardo Andrés Bello o las del escritor Miguel Otero Silva, o las de Leoncio Martínez, o las de Job Pim, o las de Pedro Beroes? Seguramente, no. Pero mucho menos las obras taurinas de los españoles Miguel de Cervantes Saavedra, Ortega y Gasset, Bergamín, Lope de Vega, Zorrilla, García Lorca, Rafael Alberti y para cerrar con broche de oro del Premio Nobel de Literatura 1989 Camilo José Cela, de quien decía Javier Villán: sus escritos tienen esa savia y riqueza de carácter de alguien acostumbrado a lidiar los marrajos que la vida echa al ruedo. El símil taurino no es caprichoso. Camilo José Cela veía en el arte de lidiar toros un espejo de la vida española. Pruebas abundantes de ello hay en sus libros. Fue aprendiz de torero y, de no ser por el carácter subalterno y vicario del peonaje, puede que, como a Manuel Machado, le hubiera gustado ser un buen banderillero. ¿Se habrán solazado frente a las pinturas con motivos taurinos de Goya y Picasso? ¿Conocerán que varios escritores franceses, como Alejandro Dumas, admiraban las corridas de toros? ¿Habrán leído que la “Marcha del Toreador” de la ópera cómica Carmen del compositor Georges Bizet es considerada por algunos cronistas como la precursora del pasodoble taurino? ¿Por casualidad se habrán percatado que el Premio Pulitzer 1953 y Premio Nobel de Literatura 1954, el norteamericano Ernest Hemingway, escritor, que entre sus obras está *Muerte en la Tarde*, verdadero tratado de tauromaquia, a la vez que un himno apasionado en que celebran las bellezas de este ícono español, y que fue gran aficionado a los toros y amigo de los toreros más famosos de la época? ¿Habrán leído la obra del mexicano Carlos Fuentes *El Espejo Enterrado*, en la que se lee “la corrida de toros es una apertura a la posibilidad de la muerte, sujeta a un conjunto preciso de normas”? Desde los inicios de la tauromaquia, los entendidos han polemizado acerca de su ubicación en el área del arte. Desde el punto de vista etimológico, el término deriva de raíces griegas (tabro: toro; mayía: lucha); es decir, “la lidia del toro”, y que ha llegado a definirse como “el arte de lidiar toros”. Y es arte porque la faena se convierte en una “danza de sutiles y pintureros requiebros”, bordados de quietud y de armonía musical. Por alguna razón “Pepe-Hillo”, nacido el 14 de marzo de 1754, que además de haber sido un torero muy valiente, publicó la primera obra sobre el arte del toreo: *La Tauromaquia o Arte de Torear*, que fue editada en Cádiz en 1796. Además fue la primera figura del toreo que murió por una cornada, en Madrid, el 11 de Mayo de 1801. Al lado de los Romero, particularmente Pedro, y de “Costillares”, “Pepe-Hillo” forma parte de esa trilogía de toreros que crearon los fundamentos del arte del toreo, como se le concibe en la actualidad.

Más aún, ¿cuándo asisten a las plazas de toros, estos enemigos de la fiesta brava no se darán cuenta que los tendidos están llenos de gente humilde, almas que han expropiado, y que disfrutan de las corridas en ciudades y pueblos del país con más entusiasmo que muchos entendidos? ¿Ignorarán que así como heredamos de España el precioso idioma castellano y la religión católica, así como costumbres y maneras de ser, también heredamos la afición por la fiesta brava?

Para enfatizar el significado de la fiesta de los toros, permítanme resumir en un arquetipo o en un torero ideal las cualidades y condiciones que debe tener un torero: algunas de estas características han cambiado, otras han permanecido y permanecerán en el toreo por siempre. En general, se citan las siguientes: vocación, sacrificio, facultades físicas, arte, personalidad, y sobre todo valor. En cada uno de estos términos se encierran otros aspectos importantes.

En la vocación se manifiesta muy claramente una inclinación, una decisión y hasta una angustia muy acentuada para profesar el ejercicio de toreo.

En el sacrificio se condensan el pundonor o vergüenza torera y la voluntad. Es necesario abandonar algunos placeres del mundo, del demonio y a veces hasta de la carne, para mantenerse en condiciones óptimas para acometer esta profesión.

Las facultades físicas son imprescindibles para la lidia, que se manifiestan en poder con el toro. Ello requiere agilidad, ligereza y piernas, no precisamente para correr.

El arte implica inteligencia, creatividad, destreza, dominio, habilidad, recursos y estética.

La personalidad encierra la elegancia, el estilo, la finura, el salero, el sentimiento, la pinturería, el regusto, el buen plante.

En el valor se resume la valentía regulada por la racionalidad que acompaña al ser humano.

Si en un torero se manifiestan estas cualidades, estamos en presencia de un maestro de la tauromaquia, que al enfrentarse a la res observa los principios de la tauromaquia, como los conciben los verdaderos aficionados: torear es parar, templar y mandar. Parar, que estrictamente hablando debiera ser pararse, es el primer mandamiento de un torero valiente, porque es éste quien debe estar con los pies “clavados en la arena” cuando se pone delante del toro y torea. En el verbo templar se condensa el acoplamiento al ritmo y a la fuerza con que el toro embiste; acoplamiento que se manifiesta en una muleta que pasa tersa, suave, serena, como

marcando los movimientos de una partitura profunda y alegre a la vez, sin que los cuernos logren ni siquiera acariciarla. Mandar es dominar al toro, estar por encima de su raza, de su bravura, embeberlo en el engaño, entender su comportamiento, casi psicoanalizarlo para comprenderlo y, a veces, hasta enseñarlo a embestir.

Estos tres mandamientos deben ser observados como lo mandan los cánones de la tauromaquia, fundamentados en los principios clásicos y en el arte. Es importante acotar que clasicismo y arte en la lidia de los toros son conceptos inseparables, teniendo en cuenta que cada matador de toros puede hacer uso de adornos propios de su personalidad o por imitación, siempre que los mismos estén cargados de estética.

No debo desaprovechar esta hermosa ocasión para hacer una cita de María Teresa Cobaleda Hernández quien en su tesis doctoral *La lidia del toro bravo. Auto y trance de estética originaria*. Universidad de Salamanca (leída el 31 de octubre de 2000), “aborda el simbolismo antropológico de la lidia desde varios aspectos, como la dimensión ética (el toro como encarnación de las virtudes de la ética clásica), el simbolismo erótico de la Tauromaquia , o el sentido religioso o sacrificial implícito en la lidia. Todo ello para intentar adivinar la estética más espiritual y sublime del arte taurino, que toma al temple como su principal exponente. El temple que tiende a detener el tiempo en un instante eterno. El temple taurino como un intento de reconquistar el tiempo mítico y originario de la gloria y de la luz.” (Ver Resumen de la Base de Datos de Tesis Doctorales (Teseo), del Ministerio de Educación y Ciencia del Gobierno de España).

Algunos entendidos incluyen además otro precepto, el de cargar la suerte. Es así como Amós de Salvador lo considera como segundo tiempo y en su *Teoría del Toreo* lo define, con referencia al toro, de esta manera: “se hace forzoso quitarle del cuerpo, echarlo afuera y señalarle un terreno y una salida, todo lo cual se comprende en la frase, *cargar la suerte*.” Luis Nieto Manjón la considera como “la acción de torear el diestro con el cuerpo de perfil, alargando los brazos y, abriendo el compás, dejar los pies en la mayor quietud.”

Bien lo explica el editor Gustavo Tuser Vila en su cuidadosa obra *La Corrida*, publicada en cuatro idiomas, al afirmar: “Las premisas del toreo quedan perfectamente definidas y delimitadas. Torear, como hemos dicho antes, es mandar, templar y parar. Puede definirse también el toreo como el

arte que consiste en llevar estéticamente al toro por donde no quisiera ir, a base de dominarlo y reducirlo, pero respetándolo siempre. El mérito de la lidia que desarrolla el torero está constantemente en razón directa con el toro. Tanto o más valor puede haber en dominar a un toro que ofrece serias dificultades como en lidiar, con éxito rotundo, un toro noble y bravo. Nunca debemos olvidarnos del toro, porque éste es como la piedra de toque que aquilata, en todo momento, al torero.”

No puedo dejar pasar por alto el impacto económico de las corridas de toros en Venezuela. En este sentido, Nilson Guerra Zambrano en su artículo “Fiesta Brava, Modernización y Periodismo en Venezuela”, publicado por la Comisión Taurina del Municipio Libertador en: *A los Toros. Manual del Aficionado Taurino. N° 26. Año 2007*, en el aparte Panorama Actual de la Fiesta Brava, expone:

“Envuelta en el modernismo, con una infraestructura física de doce plazas fijas (Caracas, Valencia, Maracay, Maracaibo, San Cristóbal, Mérida, Tovar -2-, Táriba, La Victoria, Valle de La Pascua y Barcelona) que suman en dinero, a precios actuales, un billón de bolívares, con ganaderías que representan una inversión de ciento setenta mil millones de bolívares, con feriales de primera y segunda que tienen ingresos brutos de veinticinco mil quinientos setenta millones por año, la fiesta brava venezolana vive un buen momento.

La generación de empleos no permanentes alcanza a veinte mil directos por año de actividades, mientras hay cuatrocientos ochenta permanentes. Nada despreciable en una sociedad donde sigue siendo necesario asegurar ingresos directos al mayor número de ciudadanos y ciudadanas.

Los ingresos globales de las empresas, las ventas colaterales y servicios, los pagos del ganado, la contratación de toreros, la publicidad y otros conforman un Producto Interno Bruto Taurino de cuarenta mil millones de bolívares.

Y ese buen momento taurino tiene la feliz circunstancia de que congrega anualmente un millón de personas de todas las clases sociales, sin que estén presentes las rivalidades, confrontaciones y violencia entre el público.

Las ferias lucen consolidadas, aunque nunca debe haber tregua en eso de vigilar con celo su desarrollo, la torería – a pié y a caballo- ofrece

opciones para todo tipo de programación, los precios siguen siendo accesibles, las plazas son seguras y están bien ubicadas, tenemos ganaderías que con un pequeño impulso pueden abastecer la totalidad del mercado y un personal especializado de fácil ubicación y rápida contratación.”

Suerte suprema

Silencio de la Banda Taurina de la Mesa de los Indios, que estaba interpretando el pasodoble Nerva del compositor español Manuel Rojas. Colocaré al toro en la suerte natural, me perfilaré y me volcaré sobre él, buscando un volapié en todo lo alto.

En la publicación anual de la Comisión Taurina *A LOS TOROS, MANUAL DEL AFICIONADO TAURINO*, número veinticuatro, correspondiente al año 2005, cuando se celebraron las XXXVI Ferias del Sol de Mérida de los Caballeros, escribí en la introducción lo que sigue, citando al compositor, poeta y gran aficionado tachirenses Ángel Luis Omaña, quien con motivo de las Ferias del Sol de 2000 publicó un artículo en el Diario Frontera titulado “Bolívar y su afición a los toros”. En él se relata: “El Libertador Simón Bolívar fue amante a la fiesta de los toros, como consta en los diferentes trabajos históricos realizados sobre el particular. Sabemos por documentos encontrados que Bolívar cuando estuvo de joven en España y Europa, asistió a festejos taurinos, ...”

“De la presencia de Bolívar en los toros lo más importante está en las corridas que se celebraron en su honor en la plaza de Acho de Lima, recién lograda la independencia de la tierra de los Incas.”

Esta cita que hace Omaña de José María de Cossío añade: “En 1821 se proclama la Independencia del Perú, y el 7 de diciembre se celebra la primera de una serie de corridas en honor del Libertador. La mayor novedad fue la de prescindir, como era lógico, de todo lidiador español, y tan sólo peruanos tomaron parte de la lidia.”

“Luego, en el año de 1824, se ofrecen a Bolívar seis corridas y de ellas el Libertador da cuenta en una carta dirigida al general Santander, para ese momento vicepresidente de la Gran Colombia.

Otro Prócer de la Independencia, aficionado a las corridas de toros, fue Francisco de Miranda. Al respecto, Omaña cita a la historiadora Josefina Rodríguez de Alonso al afirmar que “...Miranda gustaba de asistir a los toros. Era la época del reinado de Calos III y de la presencia del genial pintor don Francisco Goya y Lucientes. Es muy probable que el precursor

haya visto a aquellos grandes toreros de la época de Goya, como Pepelillo, Pedro Romero y Costillares, especialmente en su estadía como capitán del reino español en Cádiz.”

Esta referencia confirma que la afición a las corridas de toros no discrimina condición social y de género para “enfermar”, porque es una enfermedad terminal que ataca a mucha gente: intelectuales, guerreros, profesionales, estudiantes, obreros, miembros de la realeza, sacerdotes, obispos. Por eso el poeta Salvador Rueda escribió: “Allá va el pueblo anhelante, / allá va al circo, sediento...”

¿Por qué esta “pandemia” ha perdurado por siglos al menos en dos continentes? Se pueden dar algunas respuestas: podría ser una necesidad del cuerpo o del espíritu, acaso una voz interior que obliga a muchas personas a asistir a un ritual de muerte, presidido por un torero que ejecuta una danza táurica que hace delirar a aficionados y espectadores, para luego aplacarlos con la sangre de taurus. También sería una “taurodependencia” el color rojo de la sangre y del sol, porque “rojo es el sol al amanecer y rojo el cielo cuando el sol muere.” O será como decía Neruda “Esa es la luz del toro.” O la interpretación de Miguel de Unamuno: “Cavernario bisonteo / tenebroso rito mágico / que culmina en el toreo.” O la de Ortega y Gasset: “Toro y torero, en efecto, son dos sistemas de puntos que han de variar en correlación uno con otro.” O será un hechizo con que el cielo unge a algunos seres valiéndose del toro. O una fuerza invisible que engendra a los toreros. Por eso la caraqueña Elena Vera nos deja este mensaje en “El Auroch”: El toro hechiza con su sola presencia / paraliza / pero siento en los huesos / una fuerza invisible. / Cojo el capote y camino hacia la fiera. / Más fácil sería enamorarse de la muerte.

El público y la autoridad decidirán si hay trofeos.

Saludo de despedida

Los que cultivamos la tauromaquia, somos espectadores y aficionados a las corridas porque nos apasionan, las internalizamos, las vivimos, las analizamos, las estudiamos, las sentimos y **LAS DEFENDEMOS** con mayúscula en negritas y con coraje. Como espectadores nos mueven otros intereses, como son, la costumbre, el colorido, la fama de un torero, departir con amigos, acompañar a una hermosa mujer.

El aficionado no es un ser homogéneo en su pensamiento y en sus gustos. Cada aficionado tiene su “personalidad taurina”, que se refleja por

su preferencia por el toreo clásico o por el toreo tremendista, por el ser torista o torerista, por la predilección por los nuevos o por los viejos toreros, etc. Esta particularidad es lo que le da un toque de controversia a la lidia, que atrae a mucha aficionados a demostrar su punto de vista con apasionamiento sobre la tauromaquia.

Se usa con mucha frecuencia el término respetable o soberano para referirse a los asistentes a las plazas o al público; es decir espectadores y aficionados. De acuerdo con el artículo “Panorama del planeta de los toros” de El Cossío Ilustrado: “el público es el responsable de casi todo cuanto sucede en el ruedo. Mediatizado por la propaganda o por una crítica excesivamente benevolente o inexperta -sobretudo por su propia ignorancia-, ha glorificado con la categoría de primeros espadas a productos de todas esas mediaciones que ni siquiera eran toreros. Engañado también por su propia ignorancia -que siempre es audaz-, ha dejado asimismo, durante esta última época de exigir lo que siempre se ha tenido por toreo auténtico, derivando a otros preciosismos más fáciles.”

“El torero que hace caso al público está perdido.” Continúa este escrito afirmando que estas cosas ocurren “... por la connivencia del público con los toreros, ganaderos, apoderados y empresarios e incluso con una crítica demasiado benevolente. La transformación del toreo ha sido casi total, porque también lo ha sido la transformación del público durante esta época, en que más que la emoción se busca la diversión en el ballet con el toro e incluso en la mojiganga.”

Crónica taurina

Como el reglamento taurino vigente en el Municipio Libertador en su artículo séptimo considera incompatibles los cargos de miembros de la Comisión Taurina con la condición de cronista, corresponsal o fotógrafo taurino, me inhibo de hacer referencias a este aspecto.

Recuerdo a los ausentes

No olvidemos a los hoy que de seguro estuvieran aquí con nosotros, que fueron aficionados de solera y de fuelle y que estarían promoviendo a brazo partido la defensa de la fiesta brava. Cito a algunos: Román Eduardo Sandia, Luis Alipio Burguera, Augusto Rodríguez Aranguren, Pedro Rincón Gutiérrez, Germán Briceño Ferrigni, Pbro. Eccio Rojo Paredes, Tomás Alonso, Virgilio Angulo, Zoila Teresa Díaz, Gustavo Trujillo Arango, Gerardo Febres Nucete, Pedro Pineda León, Miguel Uribe, Jorge Molina Bourgoín, Manuel Padilla Hurtado, Iván Cova Rey, Ramón

Morales, José Juan Uzcátegui, Luis Felipe Barreto, Francisco Moncada Reyes, Claudio Corredor Müller, Marciano Uzcátegui Urdaneta, Juan Luis Mora W., Alfonso López, Bertilio Wilhelm Chacín, Alvaro Parra Dávila, Jorge Sandía, Carlos Febres Poveda .

Paz a sus almas y el ruego porque nos reserven una barrera en el cielo para seguir disfrutando de la fiesta brava.

Punto final

Al CIEPROL, institución universitaria de bien ganado y merecido prestigio académico, le deseo en la persona de su director, el Prof. Fortunato González y todos sus colaboradores, el mayor de los éxitos en sus futuras labores puestas al servicio de la investigación y el conocimiento del arte taurino en todas sus manifestaciones, de su divulgación, participación, fomento, defensa, preservación y consolidación permanente. Estoy seguro que muchos aficionados se unirán a esta visión de la Cátedra, acometiendo los proyectos que se definirán a lo largo del tiempo, aprovechando las fortalezas, las oportunidades y tomando en consideración las debilidades y amenazas que nunca faltan. Nuevamente, esperamos que Dios reparta suerte y finalmente pedirle al aficionado y cantautor merideño, Luis Alfonso Martos, nos preste su musa para cerrar este acto con el verso final de su poema *La Corrida*:

Adiós nos dice la tarde
porque ya es su retirada
pues su sol que es muy taurino
nos brindó su luz muy clara.

Muchas gracias.

Mérida, 10 de Octubre de 2007.